

# PROBLEMA ESCOLAR

ANTE LA

## DEMOCRACIA REPUBLICANA

Discurso pronunciado  
por

Juan B. Larrucea

en la sesión de clausura  
de la

Asamblea Radical de Valparaíso,  
(Febrero 28 de 1904.)



VALPARAISO

IMPRENTA GILLET.—URRIOLA, 16

—  
1904

16





## EL PROBLEMA ESCOLAR



SEÑORES:

Ciudadanos de la Asamblea Radical de Valparaíso:

Invitado á tomar parte activa en esta solemne reunión, vengo á ella, no como el maestro que enseña, sino como el estudioso que en insaciable afán de saber os ofrece en homenaje el modesto fruto de sus especulaciones intelectuales.

Y aunque para atraerme el beneficio de vuestras simpatías, bastárame acaso invocar el recuerdo de pasadas campañas periodísticas y de esfuerzos comunes; aunque pudiera con justicia prevalerme de la homogeneidad de mis ideas, con casi toda la parte política de vuestro programa, y hasta me sería lícito hacer caudal de la admiración suma que los precursores y los fundadores del radicalismo me inspiran y de la estimación colectiva que por sus epigones experimento, yo renuncio de buen grado á tales ventajas para deciros con franqueza republicana que todos esos incentivos tan poderosos y subyugadores, no fueron, sin embargo, la causa determinante de mi resolución para aceptar sin vacilaciones el honroso encargo de dirigiros la palabra.

Señores: El completo descuaje de las convicciones de nuestras clases directiva evidenciado ante el general beneplácito con que se ha recibido la moda de consagrar ciudades y naciones á redentores hipotéticos, nos dá derecho á decir que en el presente momento histórico nuestro país adolece de tan invencible desmayo mental y de tan desalentador despego por los principios filosóficos y políticos, que el alma del liberalismo se nos representa como desplomada en la obscura sima de las cosas pretéritas, y las pujantes contiendas por el ideal surgen en nuestro cerebro como vagas reminiscencias perdidas en las lejanías del pasado, como dulces añoranzas cuya realización impide eso que hemos dado en llamar espíritu de

conciliación oportunista para no calificarlo como el receptáculo infame de las más viles codicias y de las más bajas y brutales ambiciones.

En estos campos de soledad espiritual, en que la brega por la satisfacción de los intereses materiales es el único dogma y la discordia y la apostasía y la intriga son las únicas diosas mercedoras de adoración, divisanse todavía algunos núcleos sociales y políticos, que como puntos de reparo, como oasis refrigerantes ó quizás, también, como baluartes enclavados en territorio enemigo; serenos ante la furia de los apetitos en delirio, impávidos ante los peligros que los amenazan, majestuosos ante la abrumadora indiferencia que los rodea, prosiguen su tarea propagandista confiando en que los resultados de tamaños esfuerzos no han de ser estériles para la reconstitución moral é intelectual de la patria.

Entre esos núcleos á que me refiero, por el entusiasmo inagotable de sus miembros, por su asidua constancia en congregarse, por la elevación de sus debates, por sus nobles escrúpulos de perfección doctrinaria, por sus generosas iniciativas de mejoramiento público, ocupa lugar muy prominente la Asamblea Radical de Valparaíso.

Su actitud en las presentes circunstancias y la gallardía de sus arrestos para tremolar la bandera de los principios liberales recogiendo la del confuso montón en que yacía enrollada y polvorienta, son acreedoras á los elogios más ardientes. Y yo he querido—sin olvidar uno solo de mis principios—dejar constancia de su obra y participar de ella viniendo á estudiar con vosotros la manera de resolver en forma verdaderamente liberal, verdaderamente radical, verdaderamente democrática, verdaderamente socialista, el problema culminante, el problema cardinal de toda colectividad republicana: el magno problema de la educación escolar.

¿Cómo saldré de este empeño? Mal, de contar únicamente con los muy cortos recursos de mi ingenio.

Bien, si el áspero roce de mi pensamiento al ponerse en contacto con el vuestro logra provocar el chisporroteo deslumbrante de las ideas, y si al mismo tiempo me favoreceis supliendo con vuestra benevolencia lo que no acierte á expresar la poquedad de mis facultades oratorias.

\* \* \*

Bien lo sabeis señores: la guerra contra el analfabetismo es una de las características esenciales de la moderna civilización. Los más distantes sistemas filosóficos y sociológicos, los partidos políticos más opuestos y contrarios, todos coinciden al afirmar que en el individuo analfabeto hay una disminución manifiesta de la personalidad humana.

Ante mal tan grave, todos ansian, todos piden, todos exigen el antídoto salvador de la educación escolar. ¿Mas,

cómo ha de operar este antídoto? ¿Cuál será el modo y forma en que haya de aplicarse? Y cuáles las reglas y principios que determinen esa aplicación?

Si bien se considera, puede decirse que son tres los sistemas fundamentales que con varia fortuna se disputan el predominio de la enseñanza: el sistema católico que proclama *la religión como base de toda instrucción, por que solo ella dispone de los medios adecuados para dar al hombre la conciencia de sus deberes* (1); el sistema individualista de *las reacciones naturales* preconizado por Rousseau, mantenido por Spencer é implantado por Tolstoi en su famosa y original escuela anárquica de *Yasnaya Poliana* y cuyo punto de partida es el de dejar al niño en presencia de los resultados naturales de sus acciones; y el determinismo filosófico que con la ciencia por guía viene á señalar nuevos rumbos encomendando á la instrucción la misión primordial de formar, ante todo y sobre todo, espíritus libres y justos, predispuestos y aptos para discernir y amar la verdad.

A la inversa de la educación católica que se cifra y compendia en una continua y angustiosa preparación para la muerte, la enseñanza científica procura enseñar á vivir.

En oposición á los métodos individualistas que entregando al niño á las reacciones naturales de sus actos lo dejan libre y dueño de comportarse al antojo de su voluntad con prescindencia completa del medio ambiente que le rodea, nosotros creemos que la escuela debe ser un ensayo y un aprendizaje de la vida social.

Frente al fatalismo católico que deforma el cerebro infantil modelándolo y acomodándolo á la concepción de la vida á través del prejuicio dogmático y religioso, nosotros aspiramos á que la conciencia y la inteligencia del niño crezcan y se dilaten al calor de una educación impregnada de franqueza y de sinceridad absolutas, al contacto de una enseñanza que reconozca como verdad lo que está ya demostrado y como hipótesis lo que todavía está por demostrarse.

Empleando una de las amplias fórmulas de Fichte, os diré que la verdadera educación ha de desarrollar paralelamente la actividad del pensamiento para que produzca un ideal de vida superior, y la energía de la voluntad para realizar el ideal producido por aquella actividad.

Como observa con su acostumbrado acierto el muy notable publicista español Alfredo Calderón, toda nuestra pedagogía puede reducirse á unos pocos aforismos que revisten la categoría de axiomas: Atender en primer término al desenvolvimiento orgánico, base de la salud y de la alegría de vivir. Respetar en el niño la espontaneidad, cuidando ante todo de no deformar su espíritu con ninguna especie de imposición artificial. Robustecer el carácter para engendrar individuos capaces de

(1) Discurso del senador don Ricardo Matte en oposición al proyecto de ley sobre instrucción obligatoria.

gobernarse más tarde en todas las situaciones de la vida. Formar el sentimiento en las afecciones naturales, evitando toda exaltación malsana. Preferir el pensar al saber y el criterio á la erudición. Erigir en cuanto sea posible á la naturaleza en maestra, guardándose de substituir las suyas por nuestras convencionales disciplinas. Crear, en suma, hombres y mujeres, no muñecas ni maniqués; no plantas de estufa, sino seres de carne y hueso; no místicos ni fanáticos que renuncien á la dirección de su vida sometiéndola al mandato despótico de potencias imaginarias, sino personas normales que afronten valerosamente la existencia confiados en la sola fuerza de su pensamiento y de su acción.

Estas son, señores, las líneas generales del único sistema docente que extendido á la nación entera elevaría á no sospechadas alturas el nivel intelectual de las generaciones que nos sucedan.

\* \*

Por ser como es la manifestación más evidente de la cultura social, por ser el primero y necesario contacto de la razón humana con la ciencia, por ser uno de los elementos sin los cuales la democracia no podría realizarse en la plenitud de sus funciones, nosotros pretendemos que la instrucción primaria, talmente concebida, se difunda y penetre hasta en los últimos confines de nuestro territorio.

Y la queremos con carácter de obligación ineludible, no solo porque así lo establecen de antiguo nuestras leyes, no solo porque esta obligación es aún más necesaria que la del servicio militar, más benéfica que la de la ley represora del alcoholismo, más imperiosa que las de salubridad pública y constitución del estado civil de la persona, sino porque así también cumplimos con el deber fraternal y patriótico de hacer partícipes á todos los habitantes de Chile de un beneficio y de una ventaja que á todos debe sernos común, y con ese otro deber igualmente estricto de investir del derecho de soberanía ciudadana á todos los que deben y, por falta de instrucción, no pueden ejercerlo.

La queremos gratuita porque es verdaderamente intolerable establecer y fundamentar privilegios sobre cosas que para el organismo intelectual son tan imprescindibles como al organismo físico el aire que respiramos y la luz que en nuestras pupilas se refleja.

Y no se alegue, á guisa de absurda é imposible disculpa, no se alegue la conveniencia de atender á menesteres imposterables y á servicios ineludibles, porque en verdad os digo que no hay asunto más imposterable ni servicio más ineludible que el servicio de la enseñanza pública. Los gobiernos y los parlamentos que han dilapidado cientos de millones en la falaz preparación de una guerra insensata y fraticida no tienen, no pueden tener derecho de declararse impotentes para

encontrar los recursos que demanda la instrucción escolar de los cuatrocientos mil niños anualmente abandonados, contra toda justicia, contra toda conveniencia, á los oscuros y deplorables fatalismos de su tristísima y peligrosa ignorancia.

Ninguno de los hombres públicos que han formado y forman parte del Poder Ejecutivo, ninguno de los políticos que han pertenecido ó pertenecen al Parlamento, deberá sentirse tranquilo mientras la conciencia nacional tenga sobre sí el remordimiento de haber sustraído su bien, de haber desposeído de su parte de soberanía, de haber dejado que éntre á la vida social en condiciones degradantes y perturbadoras esa enorme masa de tristes analfabetos, comparables solo, como diría Paul Bert, á los condenados que el génio sombrío del Dante nos representa marchando perpétuamente con el rostro vuelto hacia atrás.

Señores: la inteligencia humana es un recipiente que no se aviene con el vacío. Cuando la verdad no lo ocupa, al instante acude á llenarlo la superstición y el prejuicio.

A los directores sociales incumbe impedir que en los cerebros en formación, la verdad sea reemplazada por el error. Y esta verdad, nutridora de la inteligencia, no ha de ser, nó, la verdad á medias, la verdad adulterada, la verdad acomodaticia respirable en el actual medio ambiente, sino la verdad verdadera, la verdad procedente de la demostración científica, la augusta verdad que con la justicia y el amor son las estrellas polares del humano espíritu, la justificación de nuestra existencia y el supremo arquetipo de toda sociedad real y profundamente civilizada.

La verdad científica debe ser la base de toda enseñanza pública y la educación laica condición *sine qua non* de toda escuela normalmente constituida. La enseñanza científica es la aplicación de la razón autónoma y soberana á la educación de los espíritus; es sobre todo, el mejor homenaje tributado en la persona del niño al primer fundamento de toda libertad: la libertad de conciencia!

Y lejos de aparecer ante el sereno é imparcial criterio como vulneradora ó conculcadora de ningún legítimo derecho, la instrucción laica es el único método pedagógico apropiado para resolver con felicidad y en armónica síntesis esa amenazadora antinomia entre la obligación del Estado, encarnación y representación de la autoridad social en todo orden de intereses que, como el de la enseñanza, afecten á la colectividad; entre el derecho del padre de familia, que en la neutralidad escolar encuentra su más firme y segura garantía y ese nuevo y todavía menospreciado derecho que el niño tiene á mantener incólume la serenidad de su espíritu.

Respetemos al padre de familia en la integridad de sus funciones, haciendo de antemano toda clase de reservas y de salvedades respecto al uso peligrosísimo de una autoridad ejercida á impulsos de preocupaciones dogmáticas y confesionales; y exijamos, á nuestra vez, idéntico respeto para esa

personalidad en germinación que apellidamos niño, recabando en su favor el derecho de que en la escuela laica pueda cumplir en su cabal pureza el período rudimentario de su mentalidad; el derecho de que en la escuela laica le sea dado cultivar su inteligencia, elevar su espíritu y fortalecer su carácter en el culto sincero de la razón científica y de la verdad demostrada.

\* \* \*

Señores: Yo creo estar en lo cierto, afirmando que la instrucción primaria laica, gratuita y obligatoria, debe ser aspiración común de todos los liberales consecuentes con sus principios.

Pero el problema escolar es demasiado grande, el problema escolar es, sobre todo, demasiado complejo para quedar planteado y resuelto mediante esta triple determinación; el problema escolar encierra en sus entrañas múltiples factores, algunos de los cuales con virtualidad bastante á imprimirle rumbos bien diversos; y entre esos factores, ninguno tan premioso, ninguno tan decisivo, ninguno tan capital como el de la libertad de enseñanza. Ahora bien: este factor predominante y capaz por sí solo de cambiar el rumbo de la educación nacional ¿será, en efecto, la representación auténtica y fehaciente de una verdadera libertad?

Estampada en nuestra Constitución en época en que la Iglesia Católica ejercía sin contrapeso el monopolio docente, la libertad de enseñanza háse convertido en el andar de los tiempos y cual su congénere la libertad del trabajo—axioma económico en el transcurso del pasado siglo diez y nueve, insostenible error sociológico ahora en los albores del siglo veinte—con el rodar de los años, repito, la libertad de enseñanza háse convertido en rémora del progreso y desquiciadora de la armonía social. Y es bien extraño que se guarezcan tras ella y la promulguen como dogma intangible del liberalismo los que siempre juzgaron vitandos y pecaminosos los principios y las doctrinas liberales.

Anatolio France, el sin par humorista cuyas manos empuñan desde la muerte de Zola el cetro de la Francia literaria, refiriéndose á estos sofismas disfrazados de principios inconcusos decía que removiéndolos mucho viene á caerse en la cuenta de que estaban cimentados en el vacío. Tal sucede á mi ver, con este falso principio liberal de la libertad de enseñanza. Removedlo y contempladlo á la luz de la razón y al punto advertiréis que su fuerza estriba en dos singularísimas habilidades: en la de cubrir su flaqueza con el suntuoso ropaje de la libertad, y en la de trastornar los espíritus, confundiendo deliberadamente la enseñanza con la propaganda, el *derecho social* de enseñar con el *derecho natural* que todo ser humano, debe tener y todo ciudadano tiene



á emitir sus ideas de palabra ó por escrito, la misión del maestro con la obra del propagandista.

Puede el hombre comunicar libremente sus opiniones y doctrinas á los demás hombres; la inteligencia desarrollada de un auditorio de adultos, de un auditorio de iguales, de un auditorio capaz de contradicción, las aceptará ó las rechazará en la medida y grado de su capacidad razonadora; pero la enseñanza escolar es cosa bien diversa de la libre propaganda de las ideas, porque ni el niño es el *homínculus* supuesto por la mayoría de las gentes, ni existe ni existir puede la relación de igualdad de un auditorio infantil respecto á la persona docente.

La mentalidad naciente de la infancia es blanda cera en manos del que enseña con autoridad y prestigios de profesor, y el escolástico y manoseado *magister dixit* es la expresión vulgar pero exacta del dominio intelectual y material ejercido por el maestro sobre sus discípulos. El alumno no es libre ante la cátedra del profesor. El discípulo no es el igual del maestro que actúa en el desempeño de sus funciones. Hay, pues, desequilibrio de derechos entre el maestro y el discípulo. Hay, por consiguiente, supeditación y dominio del uno sobre el otro, desapareciendo así esa equivalencia que es inherente y consubstancial con el ejercicio de la libertad. La función social de enseñar no es, como veis, la resultante de un derecho natural, sino el uso de una autoridad que por serlo solo puede ejercerse mediante la delegación de una autoridad anterior y superior.

En buena cuenta, lo único que se debate en esta cuestión de la libertad de enseñanza es el derecho del padre de familia al dominio de la mentalidad de su hijo, el arcaico y reaccionario principio de autoridad paternal. Pero este principio ¿ha de imperar sin restricciones? Por ventura, vivimos todavía en plena época quiritaria en que el hijo era *la cosa* sobre la cual podía el padre fulminar su ominoso *jus utendi et abutendi*? Ó, remontándonos á sociedades anteriores á la romana, ¿será acaso nuestro modelo el Abraham bíblico ó el heleno Agamenon y proclamaremos como actos legítimos de autoridad paternal la bárbara inmolación de Ifigenia ó el estúpido sacrificio de Isaac y el brutal abandono de Ismael?

Nó; todo derecho humano tiene y debe tener las limitaciones naturales que consigo trae aparejadas el ejercicio de otros derechos. Y este derecho del padre de familia, por qué habría de sustraerse á tales limitaciones? ¿Por qué el derecho del engendrador habría de supeditar al derecho del engendrado? ¿Por qué el derecho del padre habría de predominar sobre el derecho del hijo, que no solo no ha pedido la existencia sino que puede sufrir por haberla recibido?

Señores: si no temiese el reproche de llevar muy á lo hondo en la exploración de las llagas sociales la sonda de la crítica filosófica, si no sintiera en mi espíritu la congoja que produce la extirpación violenta de arraigadísimos prejuicios atávicos,

yo os diría que el padre no tiene derechos, yo os diría que el padre solo tiene deberes respecto á su hijo, y que el primero de esos deberes es el de respetar en el nuevo ser pensante á que dá vida la evolución palingenésica y progresiva de la conciencia universal.

Señores: Al llegar á esta parte de mi discurso, permitidme solicitar de nuevo toda vuestra benevolencia para abordar una demostración muy abstrusa, ciertamente; pero que considero necesaria, por cuanto responde á los argumentos que en favor de la prioridad absoluta del derecho del padre de familia y en contra del derecho del Estado, adujeron durante los debates del proyecto de instrucción obligatoria los senadores conservadores don Ventura Blanco Viel, don Carlos Walker Martínez, don Ricardo Matte y el jefe del actual Gabinete, señor Errázuriz Urmeneta.

Señores: Los seres en que la humanidad se encontraba latente durante los prodromos del período evolutivo de la vida animal á la vida racional pudieron llegar á constituir la célula humana, ó sea la familia embrionaria; más, para formar la célula social ha sido menester la aglomeración y la convivencia de los grupos humanos en estado inicial de conciencia y de razón. Esta célula social, que es, como sabeis, la familia histórica agrupada en sociedad, á cambio del quimérico sacrificio de una libertad absoluta que jamás tuvo y que jamás ha existido, pues tal teoría procede de una concepción metafísica de ciertas escuelas individualistas, evidentemente contraria á las demostraciones de la ciencia; en vez de una libertad absoluta de que nunca disfrutó, la familia humana constituida ya en agrupación social, vióse *ípsa facto*, por el mero hecho de constituirse, en posesión de una suma de ventajas y de garantías que hasta entonces ignoraba y que fueron ensanchándose y afianzándose á medida del progreso de la sociedad.

¿Mas de qué proviene este fenómeno? De que en el incommensurable proceso evolutivo que desde la familia embrionaria, prehistórica y en plena inconsciencia social nos conduce á la sociedad presente, ha surgido un organismo cuyo incremento é importancia está en relación directa del impulso de cohesión de las agrupaciones sociales. Este organismo que el hombre aislado jamás llegó á conocer, este organismo que la sociedad semi-amorfa de la *tribu*, del *clan*, de la *gens*, del *allmenden*, conoció solo en grado infimo é interminante y que la sociedad actual necesita en función ininterrumpida y eficaz es el Estado, ó en otros términos, la emanación real y directa de la autoridad social.

Como encarnación del derecho social, es por consiguiente el Estado, el primero y el más autorizado factor en todo lo que atañe á las relaciones del individuo con la sociedad. Su misión consiste en ensanchar la esfera de los derechos individuales por medio del funcionamiento armónico y perfecto del derecho colectivo. Socialmente no hay derecho sobre su derecho. Y de la misma manera que en favor del desarrollo

físico de la colectividad interviene para impedir que un padre pueda deformar ó aniquilar á su hijo por malos tratamientos ó por supresión ó escasez de alimentación, así también en favor del desarrollo moral é intelectual de esa colectividad puede y debe intervenir para evitar que se deforme la razón naciente del niño, que por serlo no se puede defender.

He aquí cómo en esta cuestión de la enseñanza pública, de la enseñanza social, al derecho del padre de familia y al derecho del hijo, viene á agregarse, supeditándolos, el derecho superior de la sociedad. Y he aquí, también, por qué la enseñanza pública, afectando directamente á los intereses, á las obligaciones y á la vida misma de la sociedad, no puede ni debe ser derecho del individuo, sino suprema y exclusiva atribución del Estado.

Al pedir, pues, la abolición de esto que podríamos llamar el libertinaje de la enseñanza; al pedir que la nación cumpla con el deber de proporcionar la educación escolar á todos los que estén en condiciones de recibirla; al pedir que el Estado en sus escuelas y liceos suprima radicalmente todo aprendizaje dogmático y confesional; al pedir la rápida transformación en servicio público del actual organismo docente, no temáis, señores, que renegando de nuestros principios pidamos el sacrificio ó la conculcación de la libertad.

Los que esto dicen, los que con este motivo la invocan son los mismos que en sus colegios enseñan á negarla, conspiran contra ella y maquinan su desorganización; son los que por ella experimentan, de modo accidental y repentino, apasionamientos demasiado fogosos, ardores demasiado exhuberantes para ser sinceros y reales; son los que la defienden en sus apariencias, para cercenarla en su esencia con sacrílegas mutilaciones; son, en una palabra, sus enemigos constantes que pretenden mistificar la opinión presentándole el regalo griego de un execrable privilegio como la emanación más pura de esa libertad que por ser nuestro norte, acatámosla con veneración profunda hasta en la severidades mismas de su majestuosa grandeza.

\* \*

Lanzando la legendaria flecha del partho, los adversarios de la enseñanza científica y de la educación laica las acusan de impotencia para llenar debidamente su misión educadora y moralizadora. Si así fuese, si esta acusación tuviera sólido fundamento, no cabe duda de que ella bastaría para reducirnos al silencio. ¿Pero es esto efectivo? Puede llamarse educación laica, puede llamarse enseñanza científica la que al mismo tiempo que instruye no eduque y moralice? ¿Qué es, pues, la ciencia sino la educadora por excelencia iluminando los espíritus con el fulgor de la verdad é iniciándolos en el

conocimiento de las leyes que rigen la vida universal? ¿Qué es, pues, la escuela laica, sino la primera maestra de la moralidad infantil, la primera que despierta en la conciencia del niño la idea del bien, sin mezclarla ni adulterarla con el incentivo de premios paradisiacos, ni con el temor de castigos luciferinos?

Señores: esta supuesta carencia de ideal moral de la educación laica, arranca, como es sabido, de un prejuicio esmeradamente cultivado por el catolicismo y que consiste en dar por cierta é indudable la consubstancialidad de la moral con la religión. Mas, por fortuna para el progreso humano, esta consubstancialidad de que tenazmente se aferra la Iglesia Católica, no pasa de ser un simple aserto desprovisto de todo valor científico.

Las ideas morales son imperativos de la conciencia individual solicitada y sugestionada por las determinaciones de la conciencia social, son fenómenos psico-sociológicos sin la menor relación obligada y necesaria con los dogmatismos religiosos. Y estas imposiciones del espíritu, estas leyes imperativas de la conciencia, en constante evolución y constantemente activas en el seno de los organismos sociales mas diversos y mas remotos, tienen la peculiaridad de ser tanto más elevados y más nobles cuanto mas distante se hallan del ideal dogmático; pues, como dice Kánt, la moralidad tiene tanto mayor fuerza en el corazón del hombre, cuanto mas pura se la presente.

Cuatro mil años antes de nuestra era, la moral egipcia, basada en la bondad, en la honradez y en la sinceridad, prescribía vestir al desnudo, dar de beber al sediento y dar de comer al hambriento. Tres mil años antes del nacimiento del cristianismo, Zarathustra dictaba esta máxima de moral que actualmente podría servirnos como inmejorable norma de conducta: «No juzguéis como agradable para los demás lo que sea desagradable para vosotros.» Quinientos ó seiscientos años antes del Nazareno, ya el Buda Sakia-Muni había dicho á los hombres: «Amaos unos á otros. Amad á vuestro prógimo como á vosotros mismos.» Trescientos cincuenta años antes del Cristo, Meng-Tseu completa la doctrina de Confucio y al precepto negativo: «No hagas á otro lo que no quieras para tí,» agregaba este precepto positivo. «Haz á los demás lo que quisieras para tí mismo.» Y trescientos años antes de pronunciado el Sermón de la Montaña, la magnánima serenidad estoíca, sin pretensiones de religión positiva ni divina, condensaba en estas pocas frases el símbolo de la moral más sana y más altruista que ha penetrado en el campo de la historia: «Hay mucha distancia, dice el estoíco, hay mucha distancia entre un cálculo hábil y una buena acción. Haz el bien porque el bien es propio de tu naturaleza, y por hacerlo no pidas recompensa; los ojos no piden salario por haber visto ni los pies por haber marchado.»

No insisto, señores, en el analisis de este cargo de *amoral-*

*dad* hecho por los mantenedores de la educación católica á la escuela laica y á la enseñanza científica, porque temo que tal insistencia pudiera parecer un agravio no ya á vuestra reconocida ilustración, sino al más elemental buen sentido. La ciencia es la mejor educadora y la mejor moralizadora de los hombres. Ella destruye sus prejuicios, aplaca sus fanatismos, morigerá sus hábitos, modera sus impacencias y templa y fortifica sus corazones señalándoles un ideal, lejano sí, pero accesible á naturales esfuerzos: el ideal de la solidaridad social realizándose en el magnífico esparcimiento de una vida inspirada en el amor, en la razón, en la verdad y en la justicia. Y porque la amamos con amor invencible y porque estamos convencidos de que es el útil más poderoso, el instrumento más adecuado de la liberación humana, queremos que ella invada todos los cerebros y se adueñe de todas las inteligencias.

¿Qué valen, decidme, qué valen, ni qué importancia pueden tener ante los dones inagotables de la ciencia y ante los estuendos beneficios de su enseñanza, esos vergonzantes argumentos con que embozadamente se la combate? Qué importa, por ejemplo, que no sea rigurosamente matemática la correlación entre la apertura de una escuela y la clausura de un presidio? Qué importa que las estadísticas, antes tan imprecisas, acusen ahora una mayor proporción de criminales alfabetos? Hemos de repetir continuamente que la frase famosa de Horacio Mann, según declaración de este ilustre educacionista, ha sido mal interpretada? Hemos de retorcer la objeción de los que para negar la eficacia de la educación laica se basan en el aumento de criminalidad de los alfabetos, mostrándoles á nuestra vez la estadística de un país profundamente religioso y educado religiosamente, superando con un cincuenta por ciento de criminales á un país vecino, de educación laica é irreligioso por añadidura?

Nó, no haremos tal, porque es bien sabido que no hay peor sordo que el que no quiere oír, ni peor ciego que el que no quiere ver. La ciencia es modesta, por lo mismo que no ignora cuán limitada es la zona de lo conocido y cuán inmenso el horizonte de lo que resta por conocer. El hombre de ciencia no es taumaturgo que promete á plazo fijo la realización de cosas sobrenaturales. La ciencia no tiene la necia pretensión de remediar en un instante males incubados por miríadas de siglos.

Pero afrontando las iras de sus impugnadores, puede también la ciencia preguntarles: Y vosotros que me censuráis por no cerrar una cárcel cada vez que se funda una escuela ¿cuántas prisiones habéis cerrado en los veinte siglos que imperáis sobre los hombres? Durante dos mil años tuvisteis al mundo en vuestras manos, modelastéis las conciencias al grado de vuestro deseo y orientastéis los cerebros al placer de vuestro capricho, os declarastéis poseedores de la verdad divina y de la moral verdadera y para implantarlas acudistéis

á las fantásticas sanciones extramundiales é inventastéis la monstruosa máquina inquisidora y torturadora del pensamiento libérrimo; y ahora, al cabo de esa larga ruta macabramente jaloneada por abominaciones horrendas é insuperables ¿cuál es el resultado de vuestra dominación omnipotente? ¿cuál vuestro balance de progreso?

Puesto que comenzáis á consultar las estadísticas, ved en ellas el saldo que en contra vuestra arroja el libro de la civilización; ved á las naciones católicas ignaras, menesterosas, desmedradas, decadentes, en competencia imposible con las que, emancipadas de vuestro yugo, hoy gozan de pasmoso florecimiento, pletóricas de vida física y en plena y saludable ebullición intelectual; ved que las únicas nacionalidades que prosperan ó comienzan á prosperar son las que se han librado ó comienzan á librarse de los perversos sistemas y de los deplorables métodos que vosotros adoptastéis para la dirección de los individuos y de las sociedades.

\* \* \*

Grande, es, señores, el porvenir de la ciencia, vastísima la esfera de su acción, fructíferos y alentadores sus primeros ensayos. Mas para que ella pueda cumplir rápidamente y en favorables condiciones su fecundo y triunfal destino, se requiere la ayuda y el concurso abnegado de la democracia. Ambas marchan unidas á la conquista del bien social, y, para conquistarlo, ambas necesitan de ambientes perfectamente saneados por la universalización y la excelencia de la educación escolar. La ciencia no prospera en países ignorantes, ni la democracia se consolida sino en pueblos cultos, ilustrados y gozosos de vivir.

**Deber**, pues, deber ineludible de las democracias es el de educar á todos sus miembros. Y para esto no basta, nó, fundar escuelas laicas y gratuitas, ni decretar la asistencia obligatoria. Es menester algo más todavía; es menester que al alimento intelectual se agregue el alimento material; es menester que á la obligación de acudir á la escuela corresponda la protección escolar encargada de proporcionar alimentación y vestuario al alumno que lo necesite; es menester también que leyes de reforma social favorezcan al niño prohibiendo la explotación de su fuerza antes de llegar á su natural desarrollo.

Sin estos requisitos previos, no tenemos derecho á esperar que la enseñanza produzca todos sus consoladores y benéficos efectos. Porque, tenedlo bien entendido: las naciones semi-alfabetas no son sino naciones semi-constituidas, y los cuerpos hambrientos solo son capaces de sostener el peso de cerebros inflados de groseras y perniciosas supersticiones.

Bien sé yo, ciudadanos radicales, bien sé yo que vosotros abundáis en estas ideas; bien sé yo que vuestra progresista asamblea observa, con espíritu atento y propicio, los nuevos rumbos del ideal social; bien sé yo que el radicalismo porteño ha de querer amplificar y completar su propaganda en favor de la instrucción obligatoria, con el aditamento de esas otras reformas, igualmente indispensables, de las cantinas escolares y protección á la infancia, que son la lógica y natural consecuencia de aquella obligación. Transformadas en leyes, esas medidas influirán ventajosamente en el progreso de nuestra educación nacional, que siempre, pero nunca tanto como en los actuales momentos, debe ser objeto de nuestro cuidado más vivo, de nuestro anhelo más intenso, de nuestra más ardorosa solicitud.

Ante la general atonía de las conciencias, ante la postración de los caracteres, ante esta abrumadora parálisis moral é intelectual que entristece y descorazona aún á los espíritus más optimistas, perderíamos toda esperanza en un próximo y feliz resurgimiento de no volver nuestros ojos hacia la infancia escolar, hacia esos tiernos intelectos que comienzan á desprenderse de las tranquilas playas de la adorable infantil inconsciencia, para penetrar de lleno en los procelosos mares de la vida en acción efervescente; sino tornáramos nuestra vista desolada hacia *la yema del árbol del trabajo*, según la bella expresión de Froebel; hacia esos retoños humanos, de cuya buena ó mala dirección pende la ventura y el porvenir de las naciones. En la hora de las grandes crisis, ellos son el áncora de salvamento; ellos, los que infunden nuevas energías; ellos, los que con su presencia ahuyentan los negros pesimismo, nefastos augures de humillantes abdicaciones y de espantables catástrofes.

Esta *más grande Alemania* de nuestros días, tan prepotente, tan rica, tan intensamente culta, tan avanzada en casi todos los órdenes de la civilización fué, no hace todavía cien años, un hacinamiento de estados incultos, desunidos, pobres y aplastados bajo el formidable poder guerrero del conquistador Napoleón. ¿A qué atribuir transformación tan radical? ¿Cómo pudo producirse renovación tan pronta y tan substantiva? ¿Cuál ha sido la causa eficiente de fenómeno social tan asombroso?

No busqueis, señores, su explicación en el fugaz prestigio de las armas, ni en la importancia económica de los territorios anexados, ni en los ingentes caudales que un pueblo vencido entregara como rescate monstruo de su liberación. Buscadla en más altas y más lejanas esferas. Buscadla en el general movimiento de opinión suscitado por la sabia y persuasiva palabra del insigne Fichte, en las ciudades y campos de la sesuda Germania. Buscadla en el extraordinario éxito de aquella metódica y atinada propaganda reformista. Buscadla en el irresistible impulso de las inteligencias atraídas.



por la bondad y la belleza de la obra regeneradora de la educación popular vaciada en nuevos moldes é informada en mejores y más científicas concepciones. Buscadla, sobre todo, en la feliz inspiración de confiar tan colosal empresa al tacto y al patriotismo del modesto funcionario que ejerce el más útil, el más bello, el más importante, el más santo de los magisterios: el magisterio de la enseñanza!

Ciudadanos de la Asamblea Radical de Valparaíso:

Inspiraos en este ejemplo y sed vosotros los fervientes apóstoles de la magna obra de nuestra regeneración intelectual.

Y puesto que vuestras opiniones os han colocado en el crucero por donde forzosamente pasan y se encuentran la sociedad que va á fenecer dejándonos la gloriosa herencia de las libertades civiles y políticas y la nueva sociedad que surge apercebida á la conquista de las reformas sociales, cumplid vuestro brillante destino defendiendo aquellas libertades con ahinco y decisión, y aceptando, entusiastas y animosos, las reformas conducentes al progreso de la humanidad.

He dicho.

